

## Resumen

El objetivo de esta contribución es plantear un análisis crítico de la relevancia de la diversidad de las lenguas para la lingüística y la ciencia cognitiva contemporáneas. Para ello se considera el planteamiento del “paradigma cognitivo-funcional” en contraste con el “paradigma biolingüístico”. Se analizan las nociones de Gramática Universal y de Facultad del Lenguaje como conceptos clave en esta controversia y se critica la posición del paradigma cognitivo-funcional a través de la discusión de la teoría de la coevolución del lenguaje y del cerebro y del llamado neorelativismo. Se concluye que la diferente percepción de la profundidad de la diversidad de las lenguas que emerge en las dos aproximaciones es en realidad consecuencia de una diferente concepción de la naturaleza última del lenguaje y de las lenguas, y que, una vez que esto se reconoce, en realidad hay más compatibilidad entre los dos puntos de vista de lo que habitualmente se asume.

## Palabras clave

Diversidad lingüística, gramática universal, facultad del lenguaje, relativismo lingüístico, ciencia cognitiva, biolingüística.

## Abstract

The objective of this contribution is to propose a critical analysis of the relevance of language diversity for contemporary linguistics and cognitive science. To do this, I analyse the approach of the “cognitive-functional paradigm” in contrast to the “biolinguistic paradigm”. The notions of Universal Grammar and Faculty of Language are discussed as key concepts in this controversy, and I criticize the position of the cognitive-functional paradigm through the discussion of the theory of language and brain coevolution, and of so-called neo-relativism. I conclude that the different perception of the depth of the diversity of languages that emerges in the two approaches is a consequence of a different conception of the nature of language and languages, and that, once this fact is recognized, there is more compatibility between the two points of view than usually assumed.

## Key words

Language diversity, Universal Grammar, Faculty of Language, Linguistic relativism, Cognitive science, Biolinguistics.

Fecha de recepción: 09/02/2018 - Fecha de aceptación: 26/03/2018 – Fecha de publicación: 08/05/2018

<sup>1</sup> La investigación que subyace a esta publicación se ha beneficiado de la subvención al proyecto FFI2017-82460-P, financiado por la Agencia Estatal de Investigación y los fondos FEDER (UE). El autor desea agradecer los comentarios de dos revisores anónimos de *LinRed*, que sin duda han contribuido a mejorar el artículo. Alguno de los argumentos aquí desarrollados se han retomado de Mendivil-Giró (2012).

## 1. El paradigma biolingüístico: las lenguas como objetos naturales

Desde el punto de vista biolingüístico las lenguas humanas se parecen mucho a las especies naturales. Ya el propio Charles Darwin se percató de ello y declaró que la evolución de unas y de otras era “curiosamente paralela” (“curiosamente la misma” llegó a escribir)<sup>2</sup>. Y, en efecto, desde este punto de vista, las lenguas (eso que llamamos ruso o alemán), como las especies naturales, son agrupaciones de “individuos” semejantes. Como las especies, las lenguas cambian, se separan en ramas descendentes y, con frecuencia, se extinguen<sup>3</sup>.

Una especie natural está formada por individuos (p.e. animales) suficientemente semejantes. Normalmente se mide el grado de semejanza por medio del criterio de reproducción fértil (Mayr 1942). Un orangután y una persona se parecen más entre sí que un orangután y una vaca, pero las tres son especies distintas. Sabemos que la mayor semejanza entre un orangután y una persona se debe a que el ancestro común de ambos es mucho más reciente (de hace unos 6 millones de años) que el ancestro común de los dos con las vacas (de hace cientos de millones de años).

Por su parte, una especie lingüística, una lengua, está formada por individuos (“gramáticas mentales”) suficientemente semejantes. A falta de uno mejor, podemos usar como criterio para determinar el grado de semejanza entre tales “individuos” el criterio de inteligibilidad mutua entre sus poseedores (Dixon 1997). El equivalente lingüístico del organismo natural (por ejemplo un tigre) es el órgano del lenguaje de cada persona, esto es, aquel estado de su mente y cerebro que le permite hablar con otras personas. Por tanto, el equivalente lingüístico de la especie natural (por ejemplo la de los tigres) es la agrupación de órganos lingüísticos de ese tipo basada en la mutua inteligibilidad (lo que habitualmente llamamos *una lengua*). Y del mismo modo, el español y el francés se parecen más entre sí que el francés y el ruso, pero son tres lenguas distintas. Del mismo modo, sabemos que la mayor semejanza entre el español y el francés se debe a que su ancestro común es mucho más reciente (de hace unos 1.500 años) que el ancestro que comparten con el ruso (de hace unos 6.000 años).

En biología normalmente no hay confusión entre el organismo y la especie, pero en lingüística la terminología es más confusa. Si aceptamos el modelo de comparación esbozado, entonces observamos que la palabra *lengua* sirve tanto para el equivalente del organismo como para el equivalente de la especie.

Una manera de evitar la confusión es adoptar algún tipo de convención terminológica. Así, a aquello que los hablantes tienen en el cerebro y que les permite usar y entender una lengua concreta lo llamaremos, siguiendo a Chomsky (1986), *lengua interna* (lengua-i). Una lengua-i es entonces el órgano del lenguaje de una persona, su facultad del lenguaje (más concretamente un estado históricamente modificado de la facultad humana del lenguaje). El punto de vista biolingüístico se basa precisamente en esta idea: el objeto de estudio de una lingüística entendida como una parte de la ciencia cognitiva no es la lengua entendida como un objeto social o un código compartido (aunque, sin duda, las lenguas también son objetos de ese tipo), sino la lengua-i, un

<sup>2</sup> “The formation of different languages and of distinct species, and the proofs that both have been developed through a gradual process, are curiously the same” (Darwin 1871). La edición revisada de 1874 y las posteriores dicen “curiously parallel”.

<sup>3</sup> Para una revisión detallada de la comparación entre lenguas y especies véanse Mendivil-Giró (2006) y (2009).

sistema cognitivo derivado de la interacción entre la biología de la cognición humana y la información procedente del entorno.

Cabe decir entonces que al menos hay tantas lenguas-i como personas, puesto que cada persona (casos patológicos al margen) tiene al menos una lengua-i. Lo único real desde el punto de vista biolingüístico son esos miles de millones de lenguas-i. Todo lo demás (variedades, dialectos, lenguas, familias, etc.) son abstracciones que hacemos agrupando lenguas-i en función de su semejanza o de su origen histórico. Lo mismo sucede en el ámbito biológico: lo que existen son los estados emergentes de la materia que denominamos formas de vida, los organismos (los billones de animales, plantas, hongos, etc. que viven en el planeta), mientras que las variedades, especies, familias, reinos, etc. son abstracciones que hacemos basándonos en la semejanza genética y morfológica y en el origen histórico.

Una lengua-i, desde este punto de vista naturalista e internista (biolingüístico), es un objeto natural históricamente modificado<sup>4</sup>. Y eso es lo que son los organismos naturales que se agrupan para formar especies naturales: objetos naturales históricamente modificados.

En efecto, el órgano del lenguaje de una persona, su lengua-i, además de un objeto natural (en el ámbito cognitivo), también es un objeto histórico. El órgano del lenguaje de una persona que habla francés es distinto al de una persona que habla español: los dos comparten un diseño fundamental que llamamos convencionalmente Gramática Universal (GU), pero se diferencian por sucesos contingentes que sólo podemos explicar históricamente: migraciones, cambios divergentes, préstamos y aislamiento social y geográfico produjeron dos objetos naturales distintos (en realidad, millones de ellos, tantos como hablantes de las dos lenguas).

Así pues, desde el punto de vista biolingüístico, el equivalente del organismo, del individuo (animal, planta, etc.) que compone una especie no son, como en las analogías habituales, los componentes de una lengua (los fonemas, morfemas, palabras o construcciones), sino que el equivalente es el órgano del lenguaje de una persona (su lengua-i). Y al igual que no hay dos personas o dos tigres iguales, tampoco hay dos lenguas-i iguales. Por supuesto, si vemos dos personas y un tigre, enseguida decidimos que, comparadas con el tigre, las dos personas son iguales, haciendo abstracción de sus obvias diferencias (o sea, decidimos que las dos personas pertenecen a un grupo -especie- y el tigre a otro). Del mismo modo, si oímos hablar a dos rusas y a un francés, enseguida decidiremos que las rusas hablan lo mismo, y que el francés no. Lo que estamos afirmando entonces es que las dos rusas hablan *la misma lengua*. Pero aquí ya no estamos hablando de la lengua-i (que es diferente en cada persona), sino de la *lengua externa* (o lengua-e). Aunque el término *lengua-e* tiene usos muy variados en la bibliografía, aquí lo voy a usar simplemente como equivalente de especie, esto es, como un grupo o población de lenguas-i suficientemente semejantes entre sí. Cuando decimos que dos personas hablan *la misma lengua* estamos diciendo en realidad que sus lenguas-i se parecen lo suficiente como para poder afirmar que pertenecen a la misma "especie" (a la misma lengua-e).

<sup>4</sup> Obviamente, no es un objeto natural en el mismo sentido que lo es un órgano (como un riñón) o que un organismo (como un animal o una planta), sino en el sentido de que es una parte de la cognición humana, un objeto diseñado por la evolución de nuestra especie.

Sin embargo, hay muchos lingüistas que no aceptan esta relación entre la lengua-i y la lengua-e, en el sentido de que afirman que lo que realmente existe es la lengua-e, mientras que la lengua-i no es más que una manifestación de la lengua-e en la mente de las personas. Por supuesto, esta visión recuerda claramente a la del fundador de la lingüística moderna, Ferdinand de Saussure:

“Si nous pouvions embrasser la somme des images verbales emmagasinées chez tous les individus, nous toucherions le lien social qui constitue la langue. C’est un trésor déposé par la pratique de la parole dans les sujets appartenant à une même communauté, un système grammatical existant virtuellement dans chaque cerveau, ou plus exactement dans les cerveaux d’un ensemble d’individus; car la langue n’est complète dans aucun, elle n’existe parfaitement que dans la masse” (Saussure 1916: 30)

Pero esta postura, que asume una visión netamente cultural y social de qué es una lengua, aunque es razonable en tal contexto, es extraña desde un punto de vista naturalista. Sería lo mismo que decir que lo que existe realmente es la especie de los tigres, y que los tigres que encontramos en la naturaleza no son sino manifestaciones de la especie de los tigres. Parece más razonable asumir que los individuos (sean lingüísticos u orgánicos) preceden a los grupos que podemos hacer basándonos en sus semejanzas y diferencias. Lo que esto significa entonces es que la realidad que subyace es la de una continuidad de individuos (orgánicos o lingüísticos) que se agrupan convencionalmente en función de su semejanza fenotípica. A pesar de las apariencias, esto es lo real, tanto en biología como en lingüística<sup>5</sup>.

Estas reflexiones iniciales no buscan trivializar ni, por supuesto, descartar la noción de lengua-e (en sus diversas acepciones) como un concepto relevante de la lingüística, sino señalar lo confuso que puede resultar para la teoría lingüística dar preferencia ontológica a la lengua-e sobre la lengua-i, algo que, sin embargo, de manera más o menos explícita, caracteriza a parte de la lingüística actual. De hecho, en lo sucesivo voy a intentar mostrar que es el conferir preeminencia ontológica a la lengua-e sobre la lengua-i lo que realmente diferencia los dos grandes paradigmas lingüísticos que vienen enfrentándose en los últimos decenios, esto es, lo que, por comodidad, denominaré el *paradigma biolingüístico* (que incluiría centralmente la llamada gramática generativa y cualquier otra concepción biolingüística o naturalista del lenguaje) y el *paradigma funcional-cognitivo* (que incluiría toda una amplia colección de tradiciones y autores funcionalistas que recientemente están confluyendo en torno a la llamada lingüística cognitiva). Mi objetivo no es argumentar que uno es correcto y el otro no, sino mostrar que, una vez que nos liberamos de ciertos malentendidos sobre la dimensión natural del lenguaje humano, en realidad son modelos en buena medida complementarios.

Nótese que si se parte de la lengua-e como el objeto básico (considerando, *à la* Saussure, que las lenguas-i son manifestaciones imperfectas de la lengua-e en la mente de los hablantes), entonces emerge una concepción antinaturalista del lenguaje, una concepción en la que las lenguas naturales son concebidas exclusivamente como objetos culturales. Esta es la base común de lo que he denominado el paradigma funcional-cognitivo (PFC

<sup>5</sup> Decimos que las especies y las lenguas-e se definen convencionalmente porque en ambos casos el criterio empleado para la agrupación de sus individuos (la reproducción fértil y la intercomprensión mutua) es un criterio basado en grados de semejanza y, por tanto, difuso y gradual, tal y como atestiguan las llamadas especies anillo en el primer caso o los continuos dialectales en el segundo.

en lo sucesivo) y la causa de su visión hipertrófica de la profundidad de la diversidad de las lenguas y de su rechazo de la propia noción de facultad humana para el lenguaje.

Si perdemos el punto de vista naturalista y partimos del nivel superior, esto es, el de la lengua-e, nuestras conclusiones sobre la diversidad de las lenguas acabarán distorsionadas, dado que las lenguas-e se definen precisamente usando un criterio diferencial con otras lenguas-e. Por decirlo de otra manera: si perdemos de vista esa malla continua de lenguas-i que subyace a nuestras clasificaciones de orden superior (lenguas-e), acabaremos perdiendo de vista que todas las lenguas-i (y, por tanto, todas las lenguas-e) son manifestaciones distintas del mismo objeto cognitivo, la facultad humana del lenguaje. Si, por el contrario, nuestro objeto de estudio es la lengua-i, seremos más capaces de soslayar la evidente diversidad que el cambio en el tiempo produce en las lenguas-i y estaremos en mejor disposición de abordar el estudio del lenguaje humano como una propiedad de la especie humana, el único objetivo científico lícito desde el punto de vista biolingüístico.

Si adoptamos este punto de vista internista y naturalista, la relación que hay entre el lenguaje y las lenguas sería proporcional a la relación que hay entre la vida y las formas vivas, los organismos. Por supuesto, lo que encontramos en el mundo son los organismos y no la vida en sí. Del mismo modo, las personas no hablan el lenguaje, sino que hablan lenguas concretas o no hablan. La vida solo existe en forma de organismos, y es bien cierto que estos son notoriamente diversos y que se agrupan en especies, pero ello no implica negar que la vida exista (por ejemplo, en contraste con el mundo inorgánico), ni implica que consideremos secundario buscar qué propiedades comunes la definen y la explican. De hecho, ese es el objetivo central de la biología como ciencia. No hay razones para pensar que no deba ser del mismo modo en lingüística, salvo que rechazemos la comparación, esto es, a menos que rechazemos que todas las lenguas existentes son manifestaciones de una misma facultad del lenguaje y, por el contrario, sostengamos la visión de que las lenguas son esencialmente objetos culturales, herramientas abstractas que han evolucionado independientemente y cuya estructura esencial procede de fuera de la mente y del cerebro. Como espero mostrar, es precisamente esta concepción del lenguaje y las lenguas, una concepción anti-biolingüística (esto es, anti-naturalista y externalista), la que está detrás del programa de investigación del PFC y lo que alimenta lo que voy a denominar “el mito de la diversidad de las lenguas”.

## 2. El mito de la diversidad de las lenguas

Que las lenguas son diversas es, por supuesto, un hecho objetivo, no un mito. Lo que denomino “el mito de la diversidad de las lenguas” (véase Mendivil-Giró 2012) es la creencia de que la diversidad de las lenguas sea tan profunda y sustantiva como para poderse considerar el fenómeno crucial para el estudio científico del lenguaje. No quiero dar a entender que éste sea un rasgo definitorio de todas las tradiciones englobables en el PFC, pero sí de algunas de ellas.

Ciertamente, la comparación entre lenguas-i y organismos naturales podría emplearse desde el punto de vista anti-universalista, en el sentido de que es notorio que hay una gran diferencia en la estructura y forma de vida de, en un extremo, una bacteria y, en el otro, un ser humano con un cerebro formado por unos cien mil millones ( $10^{11}$ ) de neuronas. Y por ello creo que la comparación es legítima, porque la diversidad entre las lenguas es notable y significativa para el estudio del lenguaje, tanto como la diversidad de las especies lo es para el estudio de la vida. La manera en que las lenguas difieren, la manera en que las propiedades gramaticales de las lenguas se agrupan dando lugar a tipologías o la manera en que se organizan los diversos sistemas fonológicos constituye información de primer orden para estudiar cómo el cerebro construye, procesa y emplea el lenguaje, pero no es un argumento en contra de un sustrato cognitivo común a todas las lenguas, resultado de la evolución biológica de la especie humana.

Es cierto que las formas de vida son extraordinariamente variadas desde el punto de vista fenotípico, pero también lo es que todas las formas de vida emplean exactamente los mismos procesos y mecanismos bioquímicos para desarrollarse, metabolizarse, reproducirse y morir. Comparadas con los objetos inorgánicos, las formas de vida son radicalmente semejantes. Así, descartar o menospreciar el fundamento biológico y natural del lenguaje (la facultad del lenguaje) es un paso análogo al que sería renunciar a descubrir los principios básicos de la vida en favor de un análisis descriptivo de las formas vivas y de la inducción de ciertas pautas o procesos comunes a todas ellas. Nadie propone hoy eso en el ámbito del estudio de la vida, pero no es así en el caso del lenguaje.

Algunos lectores no habrán pasado por alto que el título de este apartado alude al del influyente artículo de Evans y Levinson (2009a): *The Myth of Language Universals*. Evans y Levinson sí afirman que la existencia de la Gramática Universal (GU en lo sucesivo) es un mito que los lingüistas chomskianos han insuflado en la ciencia cognitiva, algo que sería un obstáculo para la investigación científica del lenguaje: “a great deal of theoretical work within the cognitive sciences thus risks being vitiated” (Evans y Levinson 2009a: 429). Evans y Levinson reaccionan contra el universalismo chomskiano aduciendo que falsea la realidad del lenguaje, comprometiendo su investigación adecuada en el seno de las ciencias cognitivas:

“The claims of Universal Grammar, we argue here, are either empirically false, unfalsifiable, or misleading in that they refer to tendencies rather than strict universals. Structural differences should instead be accepted for what they are, and integrated into a new approach to language and cognition that places diversity at centre stage” (Evans y Levinson 2009a: 429).

En las páginas siguientes intentaré mostrar que, más bien al contrario, es la valoración exagerada de la profundidad de la diversidad de las lenguas lo que puede constituir un obstáculo para la definitiva incardinación de la investigación del lenguaje en el grueso de las ciencias naturales.

Evans y Levinson formulan expresamente ese mito como una de sus conclusiones: “The diversity of language is, from a biological point of view, its most remarkable property –there is no other animal whose communication system varies both in form and content (2009a: 446). Si bien es innegable que la diversidad de las lenguas humanas es un hecho notable y relevante, no lo es la afirmación de que la diversidad sea la propiedad más notable desde el *punto de vista biológico*. Esta afirmación parece basarse en la creencia de que ningún otro

sistema animal de comunicación varía en forma y contenido como lo hace el lenguaje humano. Sin embargo, esta conclusión es doblemente cuestionable. Por una parte, es discutible que las lenguas humanas varíen en forma y en contenido tanto como presumen Evans y Levinson. Por otra parte, no parece cierto que no exista variación en otros sistemas de comunicación animal. Además de los casos conocidos de las ballenas, buena parte de las aves canoras presentan variación dialectal:

“Most birds do not simply mimic the song of adults exactly: In many species, individuals create new, novel songs that are built upon but not identical to the songs they heard as nestlings. This creative aspect of birdsong ensures that each generation hears slightly different songs from those of the previous generation. This process of song transmission across generations, with slight novelties introduced by creativity and or erroneous copying, leads to ‘dialects’ of birdsong: Birds in different regions sing quite different learned songs” (Fitch 2009: 289).

Es difícil considerar esa descripción ajena a lo que sucede en las lenguas humanas, salvo que apliquemos un criterio diferencial a los humanos con respecto al resto de las especies<sup>6</sup>. Es un hecho empírico que las lenguas cambian en su odisea por la historia y, como consecuencia, se diversifican. En contra de lo que afirman Evans y Levinson, sabemos que esto no es tan extraño en el mundo natural. Sin embargo, los naturalistas no se han visto tentados por la conclusión de que hay organismos de la misma especie que tienen sistemas de comunicación y de conocimiento radical y profundamente distintos, salvo (como hemos visto en la cita de Evans y Levinson) que se trate de seres humanos.

Es tentador considerar esto como un ejemplo de la suspensión de la racionalidad científica cuando se trata de estudiar al ser humano que tantas veces ha señalado Chomsky cuando defiende la aproximación naturalista al lenguaje humano (p.e. en Chomsky 2000). Lo que el naturalismo chomskiano implica a este respecto es que la carga de la prueba está en quien niegue que los seres humanos dispongan de una capacidad única para el lenguaje y afirme que en realidad dicha capacidad varía enorme y profundamente dentro de la especie. Ciertamente ese sí sería un hecho biológicamente extraño, salvo que pensemos que el lenguaje no tiene que ver con la biología y con la naturaleza.

La radical y profunda diversidad de las lenguas es en ese sentido un mito, un mito acuñado sobre el viejo prejuicio antropocéntrico de que los seres humanos esencialmente son cultura y no naturaleza, de que el lenguaje humano es un hecho cultural y no también un hecho natural. En efecto, la insistencia en la plasticidad de la cognición humana y en la potencia de la capacidad de aprendizaje no pueden interpretarse sino como intentos de presentar el lenguaje humano como un fenómeno ajeno al mundo natural:

“Structural diversity at every level is not consonant with a theory of fixed innate language structure, but instead suggests remarkable cognitive plasticity and powerful learning mechanisms. We pointed out that human communication is the only animal communication system that varies in myriad ways in both form and meaning across the species, and this must be a central fact that should never be lost sight of” (Evans y Levinson 2009b: 473)

<sup>6</sup> Logan y Sakata (2017) muestran que la diversidad en el canto de las aves está limitada por la naturaleza de los propios sistemas de aprendizaje, algo claramente aplicable también al lenguaje humano.

Como puede apreciarse, el “enemigo número uno” de Evans y Levinson es la hipótesis de que los seres humanos tienen una capacitación natural para el lenguaje (esto es, lo que tradicionalmente se ha denominado GU, el estado inicial de la facultad del lenguaje). Pero, como veremos más adelante con más detalle, este es un falso problema, esencialmente terminológico. El ataque contra la GU es un ataque contra un hombre de paja que disfraza un ataque contra la consideración del lenguaje humano como un fenómeno natural y, en última instancia, contra la idea de que la mente humana es un objeto natural que debe ser abordado con la misma metodología que el resto del mundo natural.

Los propios Evans y Levinson señalan como un hecho notable de nuestra especie que un mismo conjunto de órganos sirvan para aprender y usar un conjunto heterogéneo y radicalmente diverso de lenguas (2009b: 479). En efecto, ese es un problema serio bajo el supuesto de la diversidad radical de las lenguas, esto es, bajo el supuesto de que la naturaleza humana solo impone muy laxas condiciones de qué sea una lengua humana posible. De hecho, usando la célebre terminología chomskiana, tal cosa sería más un misterio que un problema. Pero podemos intentar convertirla en un problema si empleamos la lógica de la investigación científica usual, que siempre sugiere que tras sistemas semejantes pero aparentemente diversos y heterogéneos (sean fenómenos físicos como el comportamiento de los fluidos, organismos naturales o lenguas humanas) subyace un conjunto de principios y parámetros de variación capaces de revelar las causas últimas de la semejanza y, por supuesto, de las diferencias.

### 3. Modelos inductivos y deductivos de la diversidad de las lenguas

Es casi un tópico comenzar la discusión sobre la uniformidad y la diversidad de las lenguas mencionado la célebre cita de Martin Joos según la cual “languages can vary without limit” (Joos 1957: 96) como contrapunto a la postura de Chomsky de que para las lenguas humanas “there is only a computational system and one lexicon, apart from its limited kind of variety” Chomsky (1995: 170)<sup>7</sup>.

La diferencia entre estos dos puntos de vista sobre el lenguaje y las lenguas se puede expresar en los siguientes términos: el PFC implica una aproximación *inductiva de las lenguas al lenguaje*, mientras que el paradigma chomskiano implica una aproximación *deductiva del lenguaje a las lenguas*.

En la concepción deductiva se aborda la lengua-*i* como el objeto de estudio y, como en el resto de las ciencias naturales, se construye una teoría sobre las propiedades y principios que rigen ese órgano del lenguaje y se distribuyen las responsabilidades entre los diversos factores implicados en su desarrollo (por ejemplo, Chomsky 2005). A medida que se van analizando más lenguas-*i* y estudiando otros sistemas cognitivos, se va ajustando la

<sup>7</sup> Así, como ha observado Haspelmath, “functionalists do not assume that they will find the same syntactic categories and relations in all languages [...], but they expect languages to differ widely and show the most unexpected idiosyncrasies”, de manera que los funcionalistas “tend to agree with Joos's notorious pronouncement that ‘languages can differ from each other without limit and in unpredictable ways’” (Haspelmath 2008: 93).



teoría inicial intentando siempre que aumente la capacidad explicativa sin descuidar la adecuación descriptiva, ineludible en toda ciencia empírica. Como en el estudio del movimiento de los cuerpos o en el del desarrollo celular, se asume que las leyes y principios formulados son máximamente generales y que las peculiaridades observadas se deben seguir de la consideración de factores adicionales (sea el rozamiento, la presencia de ciertas proteínas o la llamada variación paramétrica).

La aproximación inductiva procede de otra manera. Desde esta perspectiva, los objetos deben estudiarse en sí mismos. Debe hacerse una descripción detallada de cada objeto en sus propios términos y una vez agotada o completada dicha descripción, llega el momento de hacer generalizaciones sobre la posible uniformidad subyacente. Como sugieren Evans y Levinson, “first analyze a language in its own terms, then compare” (Evans y Levinson 2010: 2734).

Puede concluirse entonces que el PFC aborda el estudio de las lenguas desde un punto de vista inductivo, lo que -en mi opinión- limita seriamente su capacidad para establecer teorías explicativas integrables en el grueso de la ciencia natural. De hecho, como observa Haspelmath, para el modelo funcionalista “description is separated strictly from explanation” (2008: 93), pero esa separación es simplemente inconcebible desde el punto de vista de la ciencia natural contemporánea.

Como ha quedado dicho, desde el punto de vista biolingüístico se concibe el lenguaje como un fenómeno natural y las lenguas resultan como configuraciones particulares, ambientalmente condicionadas, de dicho fenómeno. Se procede deductivamente del lenguaje a las lenguas. La manifestación más clara de este procedimiento es la llamada teoría paramétrica (Chomsky 1981, Baker 2001). Independientemente de formulaciones concretas y de la interpretación más o menos literal (y más o menos inadecuada) de ciertas metáforas, la lógica de la teoría paramétrica permanece firme: a partir de principios comunes de diseño, los diversos sistemas emergentes responden a variaciones en los procesos de desarrollo que tienen repercusiones sistemáticas, exactamente igual que sucede en el desarrollo de los organismos naturales.

Por el contrario, desde el punto de vista funcional-cognitivista, se procede inductivamente, de las lenguas al lenguaje. Este modelo implica que las lenguas existen en sí mismas y que el lenguaje es un concepto secundario inducido a partir de las generalizaciones descriptivas obtenidas del estudio de las lenguas. No es de extrañar entonces que desde este punto de vista se puedan ver los universales lingüísticos como un mito, puesto que para el modelo inductivo, por definición, la diversidad de las lenguas es irreductible, siendo las lenguas objetos primarios con su propia naturaleza. En consecuencia, el modelo inductivo que describen Evans y Levinson (2009a, 2010) es una muestra perfecta de cómo se puede dificultar una investigación naturalista del lenguaje. Al postular el ejercicio de una descripción de cada lengua en sus propios términos (“Every language, we have said, is a thing unto itself”, Evans y Levinson 2010: 2737) y con sus propias categorías (Haspelmath 2007), se está definiendo el universo de datos como el conjunto de las formas superficiales de las lenguas (entidades puramente descriptivas tales como ‘caso dativo en hindi’, ‘construcción de doble objeto en inglés’ o ‘construcción de ascenso de clíticos en español’). Si la teoría del lenguaje se tiene que hacer partiendo de ese conjunto por inducción, la expectativa de éxito se reduce.

Si definiéramos una lengua como un conjunto de ítems léxicos (emparejamientos sonido/sentido) o como una gramática de construcciones, entonces esa perspectiva sería correcta. Lo que se puede objetar (como veremos más adelante con más detalle) es que una lengua-i no es simplemente una manera de hablar, no es simplemente una colección de emparejamientos sentido/sonido y un conjunto de reglas para combinarlas. Pero así es como nace el mito de la diversidad de las lenguas, de una visión incompleta de qué son las lenguas.

Desde un punto de vista deductivo, las lenguas-i son los órganos del lenguaje de las personas. Una propiedad notable del órgano del lenguaje de las personas (pero en el fondo común con cualquier otro órgano) es que durante el proceso de desarrollo es sensible a la información del entorno y susceptible, por tanto, de variación individual y grupal. Si una lengua-i es en realidad una pauta de materialización concreta e históricamente determinada de la facultad del lenguaje, no tiene sentido basarse únicamente en las materializaciones históricamente determinadas para obtener conclusiones sobre la naturaleza unitaria o diversa de las lenguas-i y de la propia facultad del lenguaje.

#### 4. Innatismo y emergentismo de la Facultad del Lenguaje

El punto de vista funcional-cognitivista recrimina al modelo chomskiano la postulación de una facultad del lenguaje (FL) específicamente lingüística y específicamente humana, alegando que es más económico, más plausible biológicamente y más acorde con el razonamiento científico estándar asumir que no existe tal cosa y que las lenguas se explican como el resultado de las limitaciones generales de aprehendibilidad, el reclutamiento de otros sistemas cognitivos y de las presiones funcionales que se derivan de su uso para la comunicación y el pensamiento. Esta es ciertamente una opción razonable, que de hecho el programa minimalista desarrollado por el propio Chomsky (1995, 2005) y sus seguidores está explorando con ímpetu en los últimos veinte años.

Podría decirse entonces que lo que en los últimos decenios ha enfrentado a las tradiciones en la investigación lingüística es el problema del innatismo de la FL frente al emergentismo. Sin embargo, se trata de un falso problema y, por tanto, de una falsa controversia. El auténtico problema de la teoría lingüística, como el de cualquier otra disciplina científica, es explicar adecuadamente su objeto de estudio. El innatismo o emergentismo de la FL es un falso problema porque la FL, como cualquier otra facultad humana, es simultáneamente innata y emergente.

Por una parte, no cabe duda de que los seres humanos disponen de una facultad que los capacita para aprender y usar una lengua humana. Dado que el resto de organismos conocidos, sean naturales o artificiales, carecen de ella, es lícito afirmar que dicha facultad es específicamente humana y, por tanto, innata en cualquier ser humano normalmente constituido<sup>8</sup>. Por supuesto, también es exclusivo de los seres humanos aprender a

<sup>8</sup> Como ha señalado Chomsky, "to say that 'language is not innate' is to say that there is no difference between my granddaughter, a rock and a rabbit. In other words, if you take a rock, a rabbit and my granddaughter and put them in a community where people are talking English, they're all learn English" (2000: 50).

tocar el piano o a jugar al ajedrez y no nos sentimos tentados de postular una facultad de tocar el piano o de jugar al ajedrez. Sin embargo, los seres humanos desarrollan el aprendizaje del lenguaje de manera natural y espontánea, sin instrucción específica y sin diferencias notables entre individuos, a diferencia de lo que sucede con la competencia para tocar una sonata de Mozart al piano o de dominar las aperturas del ajedrez.

Por otra parte, no puede ser falso que el lenguaje humano, como facultad humana, sea emergente, esto es, que sea el resultado de la conjunción u organización de elementos que, en sí mismos, no son lenguaje. Volvamos a nuestra analogía entre la vida y el lenguaje. La vida es ciertamente un fenómeno emergente, pero no por ello menos real. Como ha señalado Stuart Kauffman,

“life is not located in the property of any single molecule -in the details- but is a collective property of systems of interacting molecules. Life, in this view, emerged whole, [...], not to be located in its parts, but in the collective emergent properties of the whole they create [...] The collective system is alive. Its parts are just chemicals” (Kauffman 1995: 18, 24).

De hecho, el propio Chomsky, cuando describe la facultad del lenguaje como un subcomponente del cerebro que está dedicado específicamente al lenguaje, anota: “As a system, that is; its elements might be recruited from, or used to, other functions” (Chomsky 2004: 124, n 1)<sup>9</sup>.

La idea clave para resolver la aparente contradicción es precisamente la de aceptar que el lenguaje, como sistema emergente, puede tener sus propias propiedades (como la vida que surge de la unión de productos químicos), de manera que las estructuras lingüísticas serán el resultado de una determinada organización y acumulación de procesos moleculares y neuronales que en sí mismos son necesaria e inevitablemente más básicos (esto es, no lingüísticos). Como han señalado Rothstein y Treves, “the mystery may stem precisely from the nature of language as an emergent property, its being more than the sum of its parts, arising, that is, by the system-level combination of elementary cortical operations” (Rothstein y Treves 2010: 2717)<sup>10</sup>.

Por supuesto que hay una gran cantidad de investigación por hacer para determinar la forma, la naturaleza, el alcance y la evolución de los principios que regulan el origen, el desarrollo y el uso de FL de las personas, pero no tiene sentido cifrar la controversia en ideas *a priori* sobre el falso problema del innatismo y la emergencia de la FL.

Si definimos la GU como el estado inicial de la FL (“the human capacity to learn language” en términos de Fitch 2009), esto es, como el conjunto de principios naturales que determinan la arquitectura de las lenguas humanas y limitan sus márgenes de variación, la GU en este sentido existe por definición. Por supuesto, podría

<sup>9</sup> Como señalan Rooryck et al., “As human language differs from all other systems something (but not necessarily some thing) must be unique” (Rooryck et al. 2010: 2655).

<sup>10</sup> En una línea similar se sitúa Marcus (2006), quien sugiere que la posible organización mental en módulos cognitivos (o funcionales) puede ser relativamente independiente de la organización modular en términos neurofisiológicos, mientras que los posibles módulos neurofisiológicos pueden a su vez ser relativamente independientes de módulos genéticos.

objetarse la denominación, que presume que esos principios son específicamente lingüísticos (de hecho, específicamente gramaticales, si nos atenemos a la literalidad de la expresión). Tal es la objeción de Tomasello:

“For sure, all of the world’s languages have things in common, and Evans y Levinson document a number of them. But these commonalities come not from any universal grammar, but rather from universal aspects of human cognition, social interaction, and information processing – most of which were in existence in humans before anything like modern languages arose” (Tomasello 2009: 471).

Este párrafo es crucial para entender la diferencia entre los dos paradigmas que estoy contrastando. De hecho, en esta objeción hay dos asuntos diferentes entremezclados: por una parte, una cuestión terminológica y, por otra parte, una visión según la cual las lenguas surgieron posteriormente a la capacitación humana para el lenguaje. Nos centraremos ahora en el primero y dejaremos el segundo para el apartado 7.

El problema terminológico tiene que ver, obviamente, con el significado de la expresión *Gramática Universal*<sup>11</sup>. Nótese que Tomasello no tiene problema en reconocer que existen universales lingüísticos, sino en aceptar que los principios que explican esos universales sean específicamente lingüísticos:

“Why don’t we just call this universal grammar? The reason is because historically, universal grammar referred to specific linguistic content, not general cognitive principles, and so it would be a misuse of the term. It is not the idea of universals of language that is dead, but rather, it is the idea that there is a biological adaptation with specific linguistic content that is dead” (Tomasello 2009: 471).

Pero cabría preguntarse qué puede significar la expresión “a biological adaptation with specific linguistic content”: ¿Significa que habría genes que especifican las categorías gramaticales? ¿Qué habría partes del cerebro exclusivamente dedicadas al lenguaje y cuya extirpación dejaría intactas el resto de facultades cognitivas y motoras? ¿Que habría neuronas lingüísticas y neuronas no lingüísticas, igual que hay neuronas piramidales y neuronas esféricas? No parece que nadie haya defendido eso nunca. La idea de una “biological adaptation with specific linguistic content” es, de nuevo, un hombre de paja. A lo que se refiere el innatismo es al sesgo que el organismo (y las leyes de la naturaleza que subyacen a su anatomía y fisiología) imponen a los sistemas de conocimiento que se desarrollan. Si todo el mundo reconoce que ese sesgo existe, entonces la controversia es falsa. Lo único que cabe es proponer teorías explícitas y falsables sobre cuál es la naturaleza de la facultad del lenguaje, no discutir si debemos llamarla así o no<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> Chomsky (1966) tomó la expresión de los filósofos y gramáticos racionalistas que oponían la gramática universal a la gramática particular, entre otras cosas para referirse a aquellos aspectos que, como se suponían comunes a las lenguas, no debían consignarse - de hecho, no se consignaban- en las gramáticas particulares. Así, era relevante decir en una gramática del francés que existen los artículos (en comparación con el latín), pero no, por ejemplo, que en francés existen palabras y frases.

<sup>12</sup> De hecho, algunos modelos recientes del procesamiento del lenguaje en el cerebro sugieren que los componentes neuronales del lenguaje no son específicamente lingüísticos, sino que realizan computaciones y representaciones más básicas que se emplean para el lenguaje y para otras funciones cognitivas, algo que no entra en conflicto con la noción de GU tal y como la he definido (véase, por ejemplo, Embick y Poeppel 2014).

La noción de GU, en ese sentido, no presupone que todos los principios que la integran sean específicamente lingüísticos (menos aún gramaticales), o que lo tenga que ser alguno de ellos necesariamente. La cuestión de cuáles de los principios que regulan la formación de la FL en cada persona son específicamente lingüísticos y específicamente humanos es una cuestión empírica que no puede ser anterior a la determinación de cuáles son dichos principios. La distinción entre la facultad del lenguaje en sentido amplio (*broad*) y estrecho (*narrow*) de Hauser, Chomsky y Fitch (2002) y la factorialización formulada por Chomsky (2005) -que es una aplicación de lo habitual en biología del desarrollo- no son sino intentos de hacer más explícito esto en la investigación de la FL y de la GU.

Los propios Evans y Levinson conceden que se trata más de un problema terminológico que real, y ellos mismos proponen hablar de “la capacidad humana del lenguaje”, evitando la expresión GU:

“To make this crystal clear: UG/FLB must include all the infrastructure for language including the neuroanatomy for speech and cognition, theory of mind, statistical learning capacities, and all the communicative and cooperative motivations and interactional abilities special to the species (...) If all this is agreed, it is time to change the terminology and avoid all the theory-laden terms used so far. We would urge our colleagues simply to talk about *the human capacity for language* (including language-special aspects of cognition, if any) and the ingredients or elements that may contribute to that – the rest carries too much baggage, as the field advances rapidly beyond the creaky old baggage train” (Evans & Levinson 2010: 2742, cursiva añadida).

Lo importante es que no se trata tanto de si los principios y las estructuras lingüísticas se podrán reducir a principios y estructuras más básicas y, por tanto, no lingüísticas (y en última instancia a estructuras y/o procesos neuronales), sino de cuándo, de qué manera y en qué nivel se puede hacer la reducción sin dejar de explicar la estructura de las lenguas.

El modelo que apoyan Evans y Levinson, por así decirlo, se está saltando una etapa, la de la propia teoría lingüística. Entre la descripción detallada (aunque superficial) de la estructura de las lenguas y los principios cognitivos generales que tanto Tomasello como Evans y Levinson mencionan, hay un vacío de explicación, y eso quita capacidad explicativa al modelo que defienden y contribuye a alimentar infundadamente el mito de la diversidad de las lenguas.

## 5. La estructura de la Facultad del Lenguaje

Como antes señalaba, una lengua no es un diccionario o inventario de morfemas y palabras y un conjunto de reglas gramaticales o de construcciones, sino que es un sistema computacional común -lo que Hauser *et al.*

(2002) denominan *Narrow Syntax*- asociado a través de (al menos) dos sistemas de interfaz a sendos componentes de la mente (el sistema sensorio-motor, S-M, y el sistema conceptual-intencional, C-I)<sup>13</sup>.

Según dicho modelo todas las lenguas compartirían el mismo sistema computacional y las diferencias estructurales entre ellas serían consecuencia de las diferencias en la externalización o materialización de ese sistema computacional en su conexión con el componente S-M (esto es, esencialmente a través de la morfología y la fonología, el reino de la variación en el lenguaje).

Chomsky (junto con otros autores) ha formulado posteriormente la hipótesis de que hay una asimetría crucial en las relaciones entre el sistema computacional (la sintaxis) y los otros componentes esenciales de la FL (C-I y S-M), en el sentido de que la evolución de la FL en la especie habría favorecido o privilegiado la relativa transparencia en la conexión del sistema computacional o sintaxis con el sistema C-I, en detrimento de la conexión con el sistema S-M (véanse Chomsky 2010, Berwick y Chomsky 2011, 2016). Así, el sistema computacional (esto es, la sintaxis capaz de generar recursivamente un número potencialmente infinito de oraciones gramaticales) formaría junto con el sistema C-I un “lenguaje interno del pensamiento” esencialmente uniforme en la especie. Ese lenguaje interno es un sistema de pensamiento, no de comunicación. Lo que esta hipótesis implica es que el lenguaje surgió como un sistema interno de representación y pensamiento como resultado de la adaptación de un sistema computacional a un sistema conceptual-intencional previo (y en buena medida compartido con otras especies). El uso de este lenguaje interno del pensamiento para la comunicación sería ancilar o secundario y solo se haría posible cuando el lenguaje interno del pensamiento (el sistema computacional o sintaxis en interacción con el sistema conceptual-intencional) se conecta con el sistema sensoriomotor, esto es, se externaliza como una lengua-*i* dada, esto es, como un sistema de conocimiento que mantiene su función original (el pensamiento y la representación interna) y añade otra (la comunicación del pensamiento y de las representaciones internas).

Nótese la aparente contradicción en la afirmación de que el lenguaje *interno* del pensamiento se *externaliza* en una lengua-*interna*. Este contraste se explica porque la conexión del lenguaje interno del pensamiento con el sistema S-M implica que el individuo tiene que asociar sus representaciones lingüísticas internas a estructuras fonológicas que necesariamente copia (interioriza) del entorno lingüístico, esto es, de la comunidad de habla en la que se desarrolla. En cierto modo, la tarea de aprender la lengua del entorno implica el aprender a vincular representaciones sintáctico-semánticas internas a representaciones fonológicas de la misma manera que lo hace el resto de la comunidad lingüística.

En lo que ahora nos interesa, tal asimetría implicaría entonces que la fuente de variación entre las lenguas humanas habría de hallarse no tanto en el sistema C-I o en el sistema computacional, sino en la conexión entre el lenguaje interno del pensamiento formado por ellos y el sistema S-M, esto es, en la externalización del lenguaje. Como sugieren Berwick y Chomsky (2011), la externalización no es una tarea simple: tiene que

<sup>13</sup> En la terminología planteada en Hauser *et al.* (2002) el sistema computacional y los interfaces formarían parte de la facultad del lenguaje “in the narrow sense” (FLN) (“only the core computational mechanisms of recursion as they appear in narrow syntax and the mappings to the interfaces” (Hauser *et al.* 2002:1573) y los sistemas S-M y C-I, junto con otros posibles componentes y la FLN, formarían la facultad del lenguaje “in the broad sense” (FLB).

relacionar dos sistemas diferentes, el sistema S-M (que plausiblemente es el mismo de hace cientos de miles de años) y el sistema computacional (la sintaxis recursiva y productiva) que singulariza a nuestra especie<sup>14</sup>. Según este punto de vista, la morfología y la fonología, que son los procesos que hacen las derivaciones sintácticas propias del lenguaje interno del pensamiento accesibles al sistema S-M, deberían ser intrincadas, variadas y ciertamente sensibles al cambio histórico:

“Parameterization and diversity, then, would be mostly—possibly entirely—restricted to externalization. That is pretty much what we seem to find: a computational system efficiently generating expressions interpretable at the semantic/pragmatic interface, with diversity resulting from complex and highly varied modes of externalization, which, furthermore, are readily susceptible to historical change” (Berwick y Chomsky 2011: 37).

La idea crucial ahora es que el interfaz entre el lenguaje interno del pensamiento y el sistema de externalización (llamémoslo *interfaz léxico*) es diferente en cada comunidad lingüística (y en cada ser humano) porque es sensible en su desarrollo a la experiencia externa y, por tanto, es susceptible de cambio, de variación y de agrupación cultural.

Pero nótese que si afirmamos que las lenguas son esencialmente diferentes, entonces estamos identificando *lengua* con los interfaces léxicos históricamente modificados, esto es, estamos excluyendo de la definición de lengua lo que es común a todas ellas, haciendo trivial la afirmación de que difieren profundamente.

Si sustituimos la pregunta de cuán profunda es la diversidad de las lenguas por cuán profunda es la diversidad entre las especies es más fácil observar que no hay una respuesta clara y objetiva. Si nos centramos en el aspecto fenotípico externo (por ejemplo el tamaño corporal o el número de células del sistema nervioso), la diferencia entre un orangután y un modesto gusano es abismal. Si vamos descendiendo al nivel embrionario, las semejanzas van aumentando y las diferencias disminuyendo; en el nivel genético el grado de similitud es incluso mayor y, si damos el salto a los mecanismos bioquímicos que hacen funcionar a las células, entonces llegamos a la indistinguibilidad. La misma lógica debería aplicarse a las lenguas, si realmente nos tomamos en serio la aproximación naturalista.

Es posible que el genoma humano especifique muy poco sobre qué es una lengua humana posible, pero también es cierto que especifica poco sobre cómo es un páncreas humano posible (en el sentido de que ni hay un “gen del lenguaje”, ni hay un “gen del páncreas”). A pesar de ello, por supuesto, los seres humanos acaban teniendo un páncreas esencialmente homogéneo en la especie porque el desarrollo de ese órgano, como el de todos los demás, está, además de genéticamente codificado, estrictamente constreñido por factores

<sup>14</sup> Nótese que no se está dando a entender que el sistema S-M no se pudiera utilizar para la comunicación antes del desarrollo evolutivo del sistema computacional, sino únicamente que el sistema computacional (la sintaxis) no está optimizada para la externalización del lenguaje (la conexión con el sistema S-M), sino para la conexión con el sistema C-I al servicio del pensamiento. Lo más plausible, de hecho, es que existieran conexiones entre el sistema conceptual y el sistema S-M en nuestros ancestros evolutivos antes del desarrollo del lenguaje tal y como lo conocemos, pues no cabe duda de que no solo otras especies, sino también nuestros ancestros evolutivos probablemente podrían comunicarse vinculando elementos conceptuales internos a señales lingüísticas producidas y percibidas con el S-M.

epigenéticos y ambientales y, por supuesto, por la bioquímica, las leyes físicas y las leyes de desarrollo. El órgano del lenguaje no se escapa de esa lógica, aunque es necesario admitir que entre los factores “ambientales” hay plausiblemente mucha más variedad. Como ha señalado Longobardi (2003), a diferencia de lo que pasa con otros sistemas cognitivos humanos (como la memoria o la visión), en el caso del lenguaje los sistemas finalmente obtenidos son muy sensibles al entorno. Por eso podemos hablar de la lengua inglesa o de la lengua rusa, pero no hablamos de la memoria o de la visión inglesa, rusa o escandinava (ni, por supuesto, de páncreas ingleses o rusos). Pero ello no significa que las diversas lenguas no sean diferentes manifestaciones de un mismo sistema de conocimiento.

Evans y Levinson (2009a) y otros muchos autores proponen como programa de investigación alternativo al biolingüístico un modelo en el que previamente se separa en el lenguaje lo natural de lo cultural y luego se niega, acertadamente ya, que haya universales sin excepciones en la materialización fenotípica de las lenguas. Evans y Levinson acusan a algunos de sus críticos de emplear una noción definicional de GU haciéndola infalsable (2010: 2741), pero ellos hacen lo mismo en el sentido contrario: consideran *a priori* que las lenguas humanas son sistemas culturales, esto es, excluyen de la propia noción de lengua el condicionamiento natural que puedan tener, dado que en su modelo dicho condicionamiento es, por definición, *externo* al lenguaje. Por tanto, la noción de lengua con la que operan es parcial: el resultado de segregar lo sujeto a evolución histórica de las invariantes biológicas o naturales. No es de extrañar entonces que fracasen en su intento de hallar universales lingüísticos. Volviendo a nuestra analogía entre el lenguaje y la vida, podría decirse que Evans y Levinson no encuentran los ‘fundamentos comunes de la vida’ porque no los buscan en la ‘bioquímica’ o en ‘las leyes de desarrollo’, sino que los buscan en los ‘genes’ y en el ‘fenotipo’, donde no pueden existir, puesto que es ahí donde residen los hechos históricos contingentes que han singularizado cada especie (y cada lengua).

## 6. Las lenguas sin facultad del lenguaje

Desde un punto de vista deductivo, el programa inductivo no solo es empíricamente irrealizable, sino que es incompatible con un estudio naturalista, puesto que se sustenta en la hipótesis de que las lenguas humanas existen en sí mismas como objetos puramente culturales que, por así decirlo, colonizan los cerebros humanos. De hecho, así lo ha expresado Deacon, el autor del influyente modelo de co-evolución entre las lenguas y el cerebro en el que se sustenta el programa de investigación defendido por Evans y Levinson: “In some ways it is helpful to imagine language as an independent life form that colonizes and parasitizes human brains, using them to reproduce” (Deacon 1997: 111).

Si esta caracterización del punto de vista externalista parece exagerada, volvamos ahora a la afirmación final de la objeción de Tomasello citada en el apartado 4, esto es, la afirmación de que muchos de los factores que determinan la unicidad del lenguaje (entre los que menciona aspectos universales de la cognición humana, la interacción social y el procesamiento de información) “were in existence in humans before anything like modern languages arose”. Nótese que se está asumiendo implícitamente que las lenguas humanas son objetos externos que surgen posteriormente a la existencia de dichos factores, esto es, se está asumiendo que las lenguas



humanas son “inventos” o “descubrimientos” culturales colectivos, y que no emergen de dentro del cerebro, por mucho que de alguna manera se representen en él (y por mucho que éste pueda de alguna forma aprenderlas y condicionarlas). En otras palabras, se están concibiendo las lenguas naturales independientemente de la facultad del lenguaje, cuya existencia se rechaza. Así, Christiansen y Chater (2015) incluyen un apartado de conclusiones precisamente titulado “Language without a Faculty of Language”, y expresamente afirman que “it is time to return to viewing language as a cultural, and not a biological, phenomenon” (Christiansen y Chater 2015: 14)<sup>15</sup>.

En este contexto externalista es concebible entonces que haya diferencias profundas y sustanciales entre las lenguas (dentro del laxo marco externo determinado por tales factores, que se consideran extralingüísticos por definición) y es esperable que se confíe en el método inductivo en el estudio de la unicidad de las lenguas.

Si negamos la existencia de la GU (esto es, del estado inicial de la FL), entonces estamos negando que los seres humanos tienen un sesgo hacia el lenguaje, una capacidad específica para aprender la lengua del entorno y que, irremediamente, determina su estructura. Esta postura llevaría entonces a la posibilidad teórica de que lenguas distintas respondan a distintos sistemas cognitivos de uso general o los usen de manera diferente, por lo que ni siquiera estaría justificado, como hemos visto que sugieren Evans y Levinson, “simply to talk about the human capacity for language”, ya que podría haber diversas capacidades humanas para el lenguaje. Tal posibilidad es sugerida, de hecho, por McMurray y Wasserman (2009) en su elogioso comentario de Evans y Levinson:

“Yet, just as there is no universal structure, there may be no universal learning mechanism responsible for language. Language is a behavior assembled by many processes, an assembly guided by the language being learned” (McMurray y Wasserman: 2009: 459)

Pero entonces, cada vez que hacemos un experimento psicolingüístico o cada vez que observamos el cerebro de un sujeto a través de una resonancia magnética para explorar el procesamiento del lenguaje tendríamos que repetir el experimento unas 6.000 veces (una por cada lengua hablada en la actualidad). La negación de una FL específicamente humana tendría el efecto devastador de hacer literalmente imposible la investigación neurobiológica del lenguaje. Ese parece ser el mensaje de Evans y Levinson a la ciencia cognitiva (aunque repetidamente proclaman lo contrario): dejen el lenguaje para los lingüistas y pierdan toda esperanza de analizarlo como otros órganos naturales humanos o de otras especies. El lenguaje humano es diferente: varía de grupo a grupo, de individuo a individuo.

El propio planteamiento de una teoría de co-evolución entre lenguaje y cerebro implica necesariamente una concepción dualista según la cual el lenguaje es externo al cerebro (y no una propiedad o un estado de éste) y, lo que es todavía más llamativo, implica que las lenguas y el cerebro evolucionan de manera independiente, aunque con interacciones. Tal es, en efecto, el caso en la influyente teoría de la co-evolución del lenguaje y el cerebro de Deacon (compartida por Tomasello, como hemos visto): “The extra support for language learning is

<sup>15</sup> Para una defensa de la teoría de que las invenciones culturales podrían haber formado el entorno adaptativo de la cognición humana, véase Loten *et al.* (2017).

vested neither in the brain of the child nor in the brains of parents or teachers, but outside brains, in language itself" (Deacon 1997: 105)<sup>16</sup>.

La lógica de este modelo co-evolutivo implica que las lenguas funcionan como entorno adaptativo para los cerebros y que los cerebros funcionan como entornos adaptativos para las lenguas, puesto que establece que el cerebro evolucionó para poder aprender (y usar) las lenguas y que las lenguas evolucionan para poder ser aprendidas (y usadas) por el cerebro. Es difícil no percibir este proceso como circular. Nótese que, puesto que los cerebros son anteriores a las lenguas, las lenguas debieron ser producidas (inventadas) por los cerebros en primera instancia (o, en el caso menos plausible, copiadas de otra especie). Después, las lenguas habrían ido evolucionando (cambiando en el tiempo) y adquiriendo nuevas propiedades emergentes que, a su vez, sirvieron de nuevo entorno adaptativo para los propios cerebros. De dónde procede la estructura de las lenguas, al margen de la que puedan proporcionar los requerimientos impuestos por los cerebros, permanece como un misterio o se confía a la adaptación de éstas al entorno.

Puesto que en el PFC se tiende a rechazar una inclinación natural hacia el lenguaje en favor de sistemas de aprendizaje y procesamiento de tipo general, se tiende también a pensar que la mayor parte de la adaptación en el proceso co-evolutivo la han hecho las lenguas, limitándose el cerebro a una capacitación general. Tal y como señalaba Deacon, "the brain has co-evolved with respect to language, but languages have done the most of the adapting" (1997: 22)<sup>17</sup>.

Pero desde un punto de vista internista esta concepción sería análoga a la pretensión de que la piel de los tigres tiene la forma que tiene porque se ha adaptado a la forma del cuerpo de los tigres. Puede parecer una afirmación razonable, pero no se puede ignorar que oculta un hecho crucial: que es inadecuado pensar que la piel del tigre no surgió a la vez que el cuerpo del tigre (porque es parte del cuerpo del tigre). Peor defensa tendría la afirmación análoga de que la piel de los tigres se puede concebir como un parásito que emplea el cuerpo de los tigres para reproducirse. Por mantener la analogía, podría decirse que el PFC separa el estudio de la piel del tigre (las lenguas como objetos culturales) y del resto del cuerpo (los principios cognitivos generales no específicamente lingüísticos) como dos fenómenos distintos. El modelo biolingüístico rechaza la separación del estudio de la piel del tigre del estudio del resto del cuerpo del tigre aduciendo que tanto la piel (el interfaz léxico) como el cuerpo (el sistema computacional) son 'lingüísticos'.

Un revisor anónimo discrepa de esta conclusión afirmando que "no parece obligatorio que un programa de tipo funcional propugne una separación radical entre las lenguas y los cerebros que las aprenden. Así, la estructura de las lenguas puede estar tan limitada por los mecanismos generales de aprendizaje y procesamiento como lo está por la GU en un modelo biolingüístico". Pero eso es precisamente lo que estoy argumentando: si el modelo funcional acepta que la estructura de las lenguas está tan limitada por tales mecanismos como por la GU, entonces la controversia es falsa, porque eso es precisamente lo que ha defendido

<sup>16</sup> Los propios Evans y Levinson plantean que el modelo que ofrecen pretende determinar "how much design must be in the organism and how much design can evolve on purely cultural grounds" (Evans y Levinson 2010: 2734) y apuestan decididamente por lo segundo.

<sup>17</sup> Smith y Kirby (2008: 283) plantean la disyuntiva claramente: "There are two possible sources of structure in language: biological evolution of the language faculty, or cultural evolution of language itself", y optan por la segunda.

el programa chomskiano desde sus inicios (véase la nota 8), esto es, que hay algo específico en la biología humana (la GU, también llamada en esta tradición “dispositivo de adquisición del lenguaje” o LAD en sus siglas en inglés) que nos hace capaces de aprender y usar las lenguas, y que ese algo es el responsable de la estructura esencial de las lenguas, y no las funciones para las que sirven. Lo que el PFC sugiere es que el lenguaje es un fenómeno netamente cultural y que el cerebro puede usar mecanismos generales de aprendizaje y procesamiento para aprender y usar las lenguas (igual que los emplea para aprender otros inventos como tocar sonatas o jugar al ajedrez). Obviamente, esos mecanismos “generales” limitarán el rango de dispersión de la estructura de las lenguas, pero también es obvio que la naturaleza no crea auténticos mecanismos generales de aprendizaje y procesamiento, sino que cada especie tiene los suyos. Luego los que aquí se mencionan, no son mecanismos genuinamente generales, sino específicamente humanos. Pero entonces no hay diferencia entre esa propuesta y la teoría de la GU, más allá de la terminología. Por tanto, la controversia es falsa (que es lo que yo defiendo) o bien hay que aceptar que el cerebro humano no es relevante en la explicación de la estructura del lenguaje (y hay que aceptar que aprender la lengua materna es lo mismo que aprender a tocar el piano o a jugar al ajedrez).

Pero al margen de un problema de circularidad, la teoría de la co-evolución lenguaje-cerebro tiene otras implicaciones potencialmente cruciales para la ciencia cognitiva. Si asumimos cierto grado de co-evolución y asumimos además la profundidad de la diversidad de las lenguas (la premisa central del programa presentado por Evans y Levinson), entonces no nos queda más remedio que asumir que diferentes lenguas han podido (han debido) producir diferentes tipos de cerebros, esto es, diferentes tipos de facultad de (o capacidad para) el lenguaje en la misma especie. Lejos de rechazar esta conclusión, Evans y Levinson parecen considerarla seriamente, e incluso sugieren que la evolución de la ‘capacidad humana para el lenguaje’ seguiría en marcha<sup>18</sup>.

Se seguiría entonces que las posibles diferencias en la localización del lenguaje en los individuos o grupos de individuos podría seguirse de que sus cerebros evolucionaron en contextos lingüísticos diversos. Es difícil imaginar un relativismo más extremado. Insistiendo en la concepción del lenguaje como una herramienta cultural (“processes of cultural evolution hone languages into the marvelous instruments they are”, Evans y Levinson 2010: 2742), Evans y Levinson sugieren que puesto que “the anatomy of the hand has coevolved with tool using” (*ibid.*), la anatomía humana habría co-evolucionado con las lenguas. En consecuencia, puede decirse que la teoría de la co-evolución predice que los seres humanos deberían agruparse en distintas capacidades del lenguaje del mismo modo que se agrupan superficialmente por el color de la piel, la forma de los ojos o de la nariz. Pero no hay evidencia empírica que sustente esa conclusión<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> “There are also fundamental differences in the way language is implemented in brains [...] reflected in considerable individual differences in language performance, providing the raw material for ongoing evolution. If we are at all interested in language diversity and language variation, or the instantiation of language in the brain, we will need to bear a coevolutionary model of language in mind” (Evans y Levinson 2010: 2742).

<sup>19</sup> Un revisor anónimo sugiere que los trastornos del lenguaje se podrían considerar evidencia empírica en ese sentido, entendiendo los trastornos como agrupaciones de individuos con una capacidad del lenguaje diferente. Sin embargo, la agrupación de esos individuos no viene determinada por el tipo de lenguas a las que han estado expuestos, ni parece que pueda afirmarse que el tipo de lengua que hablan es el responsable de las diferencias en el sustrato físico o cognitivo que puedan subyacer a tales trastornos del lenguaje. Por

## 7. La vuelta del relativismo

No es una sorpresa que la centralidad que el PFC da a la diversidad de las lenguas, junto con la negación de una facultad del lenguaje específicamente humana, haya implicado un renacimiento del relativismo lingüístico (por ejemplo, Lucy 1992 o Levinson 2003). Preguntas como hasta qué punto las lenguas que hablamos determinan cómo vemos el mundo, cómo pensamos y cómo vivimos la vida han sido siempre objeto de fascinación y han sido abordadas por multitud de filósofos, antropólogos, lingüistas y, con mucho más afán recientemente, por psicólogos y psicolingüistas.

Precisamente por la mucha atención que ha recibido desde diversos ámbitos, no es fácil definir el relativismo lingüístico. En lugar de intentarlo, lo caracterizaré a partir de la siguiente afirmación de la prestigiosa psicóloga experimental Lera Boroditsky:

“Linguistic processes are pervasive in most fundamental domains of thought, unconsciously shaping us from the nuts and bolts of cognition and perception to our loftiest abstract notions and major life decisions. Language is central to our experience of being human, and the languages we speak profoundly shape the way we think, the way we see the world, the way we live our lives” (Boroditsky 2009: 129).

Esta contundente declaración relativista tiene dos implicaciones profundas, ambas problemáticas: (i) si el lenguaje influye al pensamiento, entonces el lenguaje es distinto del pensamiento, y (ii) son las lenguas las que influyen en nuestra manera de ver el mundo, y no nuestra manera de ver el mundo la que influye en las lenguas.

Con respecto a la primera implicación, nótese que el mero planteamiento de la pregunta sobre qué relación de influencia o de determinación hay entre lenguaje y pensamiento debería implicar necesariamente definiciones previas de qué es el lenguaje y de qué es el pensamiento, pero en vano las buscaremos, sencillamente porque carecemos de ellas<sup>20</sup>. Como antes he señalado, es perfectamente posible que el lenguaje no sólo influya al pensamiento, sino que incluso forme parte del mismo, pero aún en ese caso la hipótesis relativista no se seguiría necesariamente, sino únicamente en el caso en el que se identifique el lenguaje con las lenguas (esto es, en un sentido inductivo y externalista).

Así, desde un punto de vista según el cual la diversidad entre las lenguas es relativamente superficial (por ejemplo, como hemos visto, confinada a la manera en que se externalizan y materializan procesos cognitivos computacionales homogéneos), el descubrimiento de que el pensamiento humano hace uso extensivo del lenguaje (de la sintaxis y del sistema conceptual-intencional) no llevaría en modo alguno a la conclusión de que el pensamiento humano se fragmenta en grupos coincidentes con las lenguas, sino que, al contrario, apoyaría la hipótesis de que el pensamiento es esencialmente homogéneo en la especie. De hecho, cualquier modelo teórico que acepte cierto grado de sesgo natural en la especie hacia la adquisición del lenguaje debería rechazar

---

otra parte, si la mano humana co-evolucionó con el uso de herramientas, cabría preguntarse por qué no hay diferencias en la anatomía de la mano humana habiendo tantos instrumentos posibles y, sobre todo, qué manos fabricaron tales instrumentos.

<sup>20</sup> Véase Blanco Salgueiro (2017) para riguroso intento de definición de los conceptos implicados en las diversas modalidades y formulaciones de la hipótesis de la relatividad lingüística. Reynoso (2014) también es una fuente valiosa en español sobre este tema, en este caso desde un punto de vista más crítico.

directamente la hipótesis relativista tal y como la formula Boroditsky. Únicamente una concepción radicalmente empiricista de la mente y del cerebro humano podría aceptar que objetos culturales externos (las lenguas humanas en el PFC) podrían “profoundly shape the way we think”.

Es posible aventurar que Boroditsky (2009) o Deutscher (2010), por citar únicamente obras relativamente recientes de gran difusión editorial, aceptan que las lenguas influyen en el pensamiento porque operan con una determinada noción de pensamiento (y, obviamente, porque creen en el mito de la diversidad de las lenguas). En una reseña de Deutscher (2010), Derek Bickerton señalaba que los aspectos del lenguaje que trata Deutscher “do not involve ‘fundamental aspects of our thought’, as he claims, but relatively minor ones”<sup>21</sup>. Así, señala Bickerton que asuntos como la locación, los colores o el género gramatical (que son también los principales asuntos abordados experimentalmente por Boroditsky para dar sustento a su propuesta) probablemente apenas condicionan nuestro pensamiento en el manejo diario de nuestras vidas, pero mucho menos aún cuando desarrollamos pensamiento político, científico o filosófico. Por ello, tal y como muestra Blanco Salgueiro (2017) con detalle, cualquier propuesta sobre las relaciones entre lengua, lenguaje y pensamiento tiene que ir acompañada de una definición precisa de qué se entiende por cada uno de esos conceptos. En caso contrario, la discusión se torna estéril, si no insufriblemente inconcreta.

Esto guarda relación con la segunda implicación de la hipótesis relativista mencionada: que son las lenguas las que determinan nuestra forma de ver el mundo y no nuestra forma de ver el mundo lo que determina las lenguas, así como con la pretensión de que disponemos de evidencia empírica para ello. En efecto, Boroditsky señala que, frente a las discusiones acerca de las relaciones entre lenguaje y pensamiento del pasado, ahora se está desarrollando trabajo empírico que podría resolver esas antiguas controversias. Concretamente señala que las investigaciones desarrolladas en sus laboratorios de Stanford y del MIT han reunido datos de todo el mundo (China, Grecia, Chile, Indonesia, Rusia y la Australia aborígen) y concluye que “what we have learned is that people who speak different languages do indeed think very differently and that even flukes of grammar can profoundly affect how we see the world” (Boroditsky 2009: 118).

Consideremos, aunque sea brevemente, qué tipo de evidencia experimental sustenta la afirmación de que las personas que hablan diferentes lenguas piensan de manera muy diferente y de que pequeñas peculiaridades gramaticales pueden ‘afectar profundamente a nuestra manera de ver el mundo’. Boroditsky (2009: 127) se plantea, por ejemplo, si el hecho de que en ruso la palabra *silla* sea masculina y *cama* femenina hace que quienes hablan ruso piensen que en algún sentido las sillas son más como los hombres y las camas como las mujeres. Su conclusión es que sí. Para dar soporte empírico a esta afirmación, Boroditsky y colaboradores (Boroditsky *et al.* 2003) pidieron a hablantes de español y de alemán que describieran en inglés objetos de género opuesto en estas dos lenguas, por ejemplo *llave*, que es femenina en español y masculina en alemán (*der Schlüssel*). Así, los hablantes del español eran más propensos a emplear palabras como *dorada*, *complicada*, *pequeña*, *bonita*, *brillante* o *muy pequeña*, mientras que los alemanes tendían a utilizar más palabras como *duro*, *pesado*, *irregular*, *dentado* o *útil*<sup>22</sup>. Al margen ahora de los detalles del experimento y de los criterios para determinar

<sup>21</sup> *The New York Times* (5 de septiembre de 2010)

<sup>22</sup> Otro de los ejemplos que emplean los autores es *puente* (masculino en español estándar), frente a *Brücke* (femenino en alemán), con

qué términos son más propios de hombres y de mujeres en ciertas sociedades, no se sigue de estos resultados que la lengua que uno habla determine ‘profundamente’ su visión del mundo, sino que, si acaso, demuestra que los hablantes de lenguas con marca de género masculino y femenino pueden ser propensos a extender los estereotipos sexuales a los objetos asexuados en función de la analogía de género gramatical, una analogía que no estará disponible en hablantes de, por ejemplo, el inglés. Pero no se sigue de ahí que un hablante del español conciba las llaves o los puentes de manera ‘profundamente’ distinta a un hablante del alemán (o del inglés). Al menos no parece que haya diferencias sistemáticas en cómo se construyen y diseñan los puentes (o las llaves) en Alemania o en España, tareas en las que entran en juego aspectos de física, ingeniería, resistencia de materiales, economía y, por supuesto, estética, que no parecen agruparse lingüísticamente.

Por supuesto, es indudable que las lenguas interactúan con la cultura y que, en buena medida, son parte de ella. La parte de la lengua-i que se adquiere del entorno en el proceso de desarrollo del lenguaje (el interfaz léxico del modelo descrito en el apartado 5), es correlativa con otros aspectos culturales, también tomados del entorno. Consideremos para ilustrar este punto otro de los ejemplos analizados por Boroditsky y sus colaboradores, como es el de la expresión del espacio en las lenguas, un asunto abordado con profundidad por Levinson (2003).

De acuerdo con Boroditsky, los hablantes de Kuuk Thaayore, de la comunidad de Pormpuraaw (Australia), no expresan el espacio en referencia a un observador (izquierda, derecha, delante, detrás), sino que recurren a los puntos cardinales (norte, sur, este, oeste). Desde luego, parece indudable que el tener que hablar una lengua en la que en lugar de decir ‘la pierna de la derecha’ hay que decir ‘la pierna del suroeste’ hace imprescindible saber en todo momento dónde está el norte. Según Boroditsky “the result is a profound difference in navigational ability and spatial knowledge between speakers of languages that rely primarily on absolute references (like Kuuk Thaayorre) and languages that rely on relative reference frames (like English)” (Boroditsky 2009: 121). Continúa señalando la autora que “speakers of languages like Kuuk Thaayorre are much better than English speakers at staying oriented and keeping track of where they are, even in unfamiliar landscapes or inside unfamiliar buildings. What enables them -in fact, forces them to do this- is their language” (ibid.)

Pero si la causante es la lengua, entonces cabría preguntarse cuál fue la causa de que en algunas lenguas se extendiera el uso de ‘izquierda’, ‘derecha’, ‘delante’ o ‘detrás’ y en otras su lugar fuera ocupado por ‘este’, ‘oeste’, ‘norte’ o ‘sur’. Parece claro que la respuesta no puede ser otra que la asunción de que los hablantes del segundo grupo le prestaban mucha atención a los puntos cardinales, por lo que el argumento es circular. En algún momento, ciertos aspectos de la cultura o de la forma de vida de las personas (incluyendo el entorno físico) fueron los que dieron lugar a esas elecciones, por lo que no queda claro cómo se puede concluir que es la lengua la que influye en la visión del mundo y no la visión del mundo la que influye en las lenguas. Las lenguas, especialmente en su léxico, tienen una dimensión sensible a la cultura y la forma de vida de las personas y, en efecto, transmiten la cultura y la visión de la vida. Un pueblo que adora las setas como fuente de alimento probablemente tendrá términos para designar numerosas variedades de setas y hongos, frente a las lenguas

---

resultados similares. Curiosamente, *puente* es una palabra de género bastante variable en español, siendo femenina en muchos dialectos.

habladas por quienes viven en desiertos, pero sería arriesgado decir que el tener muchos términos para variedades distintas de setas causa un mayor aprecio por tal alimento. Por ponerlo en términos más claros: cuando Deutscher o Boroditsky (siguiendo a numerosos autores) afirman que las lenguas determinan o condicionan la visión del mundo, en realidad lo que están diciendo es que las partes de las lenguas sensibles a la cultura afectan a los comportamientos o actitudes que dependen de la cultura, algo que no se puede discutir. Si las diferencias culturales entre las personas generan diferencias cognitivas de algún tipo, entonces las lenguas, en lo que tienen de objetos culturales, no son una excepción.

Es indudable que el orientarse en el espacio es parte de la cultura, de la forma de vida de los Kuuk Thaayorre. También es indudable que esa cultura ha hecho que su lengua, como la de muchos aborígenes australianos, exprese de esa manera la localización espacial y, por analogía, la temporal, como se demuestra en los experimentos que revisa Boroditsky (2009) en los que se pidió a hablantes de dicha lengua ordenar temporalmente unos dibujos y, en lugar de hacerlo de izquierda a derecha, como hacen los hablantes del inglés, lo hacían siempre de este a oeste. Pero lo que muestra realmente el experimento no es que la lengua determine el pensamiento, sino que los hablantes del Kuuk Thaayorre son sensibles a su cultura, tanto cuando hablan como cuando realizan experimentos.

Un revisor anónimo señala que incluso en estos casos se podría decir que el aprendizaje de diferentes lenguas sí tiene efectos cognitivos diferenciales: “Sería necesario discutir por qué razón esta variabilidad no puede tener algún efecto sobre la percepción (y en último término, la conceptualización)”. Pero nótese que de nuevo esto implica definiciones previas de *percepción* y de *conceptualización*, sin las que la discusión es estéril. Si asumimos que la percepción y la conceptualización (comoquiera que se definan) son relevantes para, por ejemplo, la comprensión de la física cuántica (en la medida en que sea comprensible) o para la capacidad de construir edificios, un verdadero argumento empírico en esa línea debería mostrar que las diferencias que pueda haber entre los seres humanos en la capacidad de comprender la física o en la de construir edificios (o en la comprensión de las matemáticas, del sentido de la vida, de los derechos humanos, del libre albedrío, etc.) se correlacionan causalmente con diferencias lingüísticas, bien sean léxicas, morfológicas, fonológicas o sintácticas. No conozco ningún estudio que presente evidencias en ese sentido. Mientras carezcamos de evidencias de ese tipo, el peso de la prueba está en quienes afirman que hablar diferentes lenguas tiene profundas implicaciones en la cognición humana.

Boroditsky formula la pregunta fundamental en los siguientes términos: “are languages merely tools for expressing our thoughts, or do they actually shape our thoughts?” (Boroditsky 2009: 118). Pero nótese que la disyuntiva que ofrece es demasiado estrecha y bloquea una buena cantidad de opciones posibles que se descartan sin consideración. De hecho, como hemos visto, tenemos muchas razones para pensar que las lenguas no son instrumentos para expresar pensamientos ni dan forma a nuestros pensamientos. Cabe la opción de que las lenguas sean distintas materializaciones, variables e históricamente condicionadas, de un mismo sistema de conocimiento. Y sería sorprendente que el sistema computacional que permite crear nuevas expresiones sin límite teórico y sin restricción de ámbito ni condicionamiento de estímulo, y que está en el centro de toda lengua humana, no estuviera también implicado en la manera en que los seres humanos piensan sobre el mundo e

intentan comprenderlo con un estilo específicamente humano, por encima de evidentes y apasionantes diferencias culturales.

## 8. Conclusiones: el verdadero valor de la diversidad de las lenguas para la ciencia cognitiva

He sugerido que desde el punto de vista biolingüístico la relación entre el lenguaje y las lenguas es comparable a la relación entre la vida y los organismos vivos. Por ello mismo creo que Evans y Levinson tienen razón cuando comparan la importancia que tiene la diversidad de las especies para comprender la vida con la importancia que tiene la diversidad de las lenguas para comprender el lenguaje:

“In all these fields, variation is the lever used to discover underlying systematics: you can’t find a gene without phenotypic variation, and you can’t find a fundamental building block for language without comparing languages” (Evans y Levinson 2010: 2735).

No obstante, la diferente concepción de qué son las lenguas (e incluso de qué es la ciencia natural) nos ha llevado a conclusiones muy diferentes a las de estos autores. En la presente aportación he criticado la propuesta de Evans y Levinson de situar la diversidad de las lenguas como la característica esencial del lenguaje humano. Pero ello no significa, en absoluto, que la diversidad de las lenguas no deba ser analizada, explicada y empleada como un factor relevante en el seno de la ciencia cognitiva.

Como argumentó Darwin de manera brillante, la diversidad de las especies es simplemente la consecuencia del cambio (evolución), y lo mismo cabe entonces decir de la diversidad de las lenguas. Cada vez que un ser humano construye a partir de los datos del entorno el interfaz léxico entre el lenguaje interno del pensamiento y el sistema sensorio-motor, está incorporando a su FL un registro histórico de cómo se constituyeron esos interfaces en las generaciones anteriores. En el descubrimiento de las regularidades y las agrupaciones sistemáticas de esos procesos, la lingüística histórica y comparada tiene un papel relevante que aportar a la investigación de la naturaleza última de los principios que caracterizan a la facultad humana para el lenguaje.

Sin embargo, la visión parcial de las lenguas como objetos netamente culturales y la proyección de su diversidad superficial a los aspectos más profundos de las bases biológicas del lenguaje como atributo humano pueden ser un obstáculo para el estudio científico del lenguaje y de la propia naturaleza humana.

José-Luis Mendivil-Giró  
Universidad de Zaragoza  
[jlmendi@unizar.es](mailto:jlmendi@unizar.es)



## Referencias bibliográficas

- Baker, Mark (2001): *The atoms of language*, Nueva York: Basic Books.
- Berwick, Robert C. y Chomsky, Noam (2011): "The Biolinguistic Program: The Current State of its Evolution and Development", A. M. Di Sciullo y C. Boeckx (eds.), *The Biolinguistic Enterprise. New Perspectives on the Evolution and Nature of the Human Language Faculty*, Oxford: Oxford University Press, pp. 19-41.
- Berwick, Robert C. y Chomsky, Noam (2016): *Why Only Us*, Cambridge (MA): MIT Press.
- Blanco Salgueiro, Antonio (2017): *La relatividad lingüística*, Madrid: Akal.
- Boroditsky, Lera (2009): "How does our language shape the way we think?", M. Brockman (ed.), *What's Next: Dispatches on the Future of Science*, Nueva York: Vintage Books, pp. 116-129.
- Boroditsky, Lera et al. (2003): "Sex, Syntax, and Semantics", D. Gentner y S. Goldin-Meadow (eds.), *Language in Mind: Advances in the Study of Language and Cognition*, Cambridge (MA): MIT Press, pp. 61-79.
- Chomsky, Noam (1966): *Cartesian Linguistics: A Chapter in the History of Rationalist Thought*, Nueva York: Harper & Row.
- Chomsky, Noam (1981): *Lectures on Government and Binding*, Dordrecht: Foris.
- Chomsky, Noam (1986): *Knowledge of Language. Its Nature, Origins and Use*, Nueva York: Praeger.
- Chomsky, Noam (1995): *The Minimalist Program*, Cambridge (MA): The MIT Press.
- Chomsky, Noam (2000): *New Horizons in the Study of Language and Mind*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Chomsky, Noam (2004): "Beyond Explanatory Adequacy", A. Belletti (ed.), *Structures and Beyond*, Oxford: Oxford University Press, pp. 104-131.
- Chomsky, Noam (2005): "Three Factors in Language Design", *Linguistic Inquiry*, 36, pp. 1-22.
- Chomsky, Noam (2010): "Some simple evo devo theses: how true might they be for language?", R. K. Larson et al. (eds.), *The Evolution of Human Language. Biolinguistic Perspectives*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 45-62.
- Christiansen, Morten H. y Chater, Nick (2015): "The language faculty that wasn't: a usage-based account of natural language recursion", *Frontiers in Psychology*, 6, 1182. doi: 10.3389/fpsyg.2015.01182.
- Darwin, Charles (1871): *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*. (Citado por reproducción en *On Line Literature Library* <www.literature.org>).
- Deacon, Terrence W. (1997): *The Symbolic Species: the Co-Evolution of Language and the Brain*, Nueva York: W.W. Norton.
- Deutscher, Guy (2010): *Through the Language Glass: How Words Colour your World*, Heinemann
- Dixon, R. M. W. (1997): *The Rise and Fall of Languages*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Embick, David y Poeppel, David (2014): "Towards a computational(ist) neurobiology of language: correlational, integrated and explanatory neurolinguistics", *Language, Cognition and Neuroscience*, DOI: 10.1080/23273798.2014.980750.
- Evans, Nicholas y Levinson, Stephen C. (2009a): "The Myth of Language Universals: Language diversity and its importance for cognitive science", *Behavioral and Brain Sciences*, 32, pp. 429-448.
- Evans, Nicholas y Levinson, Stephen C. (2009b): "With diversity in mind: Freeing the language sciences from Universal Grammar", *Behavioral and Brain Sciences*, 32, pp. 472-483.

- Evans, Nicholas y Levinson, Stephen C. (2010): "Time for a sea-change in linguistics: Response to comments on 'The Myth of Language Universals'", *Lingua*, 120, pp. 2733–2758.
- Fitch, W. Tecumseh (2009): "Prolegomena to a Future Science of Biolinguistics", *Biolinguistics*, 3, pp. 283–320.
- Haspelmath, Martin (2007): "Pre-established categories don't exist: Consequences for language description and typology", *Linguistic Typology*, 11, pp. 119–132.
- Haspelmath, Martin (2008): "Parametric versus functional explanations of syntactic universals", T. Biberauer (ed.), *The Limits of syntactic variation*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 75-107.
- Hauser, Mark D., Chomsky, Noam y Fitch, W. Tecumseh (2002): "The Faculty of Language: What Is It, Who Has It, and How It Evolved?", *Science*, 298, pp. 1569-1579.
- Joos, Martin (ed.) (1957): *Readings in Linguistics*, Washington: American Council of Learned Societies.
- Kauffman, Stuart A. (1993): *The Origins of Order. Self-organization and selection in evolution*, Londres: Oxford University Press.
- Levinson, Stephen C. (2003): *Space in language and cognition: Explorations in cognitive diversity*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Logan S. James y Sakata, Jon T. (2017): "Learning Biases Underlie 'Universals' in Avian Vocal Sequencing", *Current Biology*, 27, pp. 3676-3682
- Longobardi, Giuseppe (2003): "Methods in Parametric Linguistics and Cognitive History", *Linguistic Variation Yearbook*, 3, pp. 101-138.
- Lotem, Arnon; Halpern, Joseph Y.; Edelman, Shimon; y Kolodny, Oren (2017): "The evolution of cognitive mechanisms in response to cultural innovations", *PNAS*, 114, pp. 7915-7922. <https://doi.org/10.1073/pnas.1620742114>.
- Lucy, John (1992): *Grammatical categories and thought: A case study of the linguistic relativity hypothesis*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Marcus, Gary F. (2006): "Cognitive architecture and descent with modification", *Cognition*, 101, pp. 443-465.
- Mayr, Ernst (1942): *Systematics and the Origin of Species from the Viewpoint of a Zoologist*, Nueva York: Columbia University Press.
- McMurray, Bob y Wasserman, Edward (2009): "Variability in languages, variability in learning?", *Behavioral and Brain Sciences*, 32.
- Mendívil-Giró, José-Luis (2006): "Languages and Species: Limits and Scope of a Venerable Comparison", J. Martín y J. Rosselló (eds.), *The Biolinguistic Turn. Issues on Language and Biology*, Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona, pp. 82-118.
- Mendívil-Giró, José-Luis (2009): *Origen, evolución y diversidad de las lenguas. Una aproximación biolingüística*, Frankfurt: Peter Lang.
- Mendívil-Giró, José-Luis (2012): "The Myth of Language Diversity". C. Boeckx, M. C. Horno y J. L. Mendívil-Giró (eds.), *Language, from a Biological point of view*, Newcastle: Cambridge Scholars Publishing, pp. 85-133.
- Reynoso, Carlos (2014): *Lenguaje y pensamiento. Tácticas y estrategias del relativismo lingüístico*, Buenos Aires: SB.
- Rooryck, Johan; Smith, Neil V.; Liptak, Anikó; y Blakemore, Diane (2010): "Editorial introduction to the special issue of *Lingua* on Evans & Levinson's 'The myth of language universals'", *Lingua*, 120, pp. 2651–2656.

- Rothstein, Susan y Treves, Alessandro (2010): "Computational constraints on compositional interpretation: Refocusing the debate on language universals", *Lingua*, 120, pp. 2717–2722.
- Saussure, Ferdinand de (1916): *Cours de linguistique générale*, Paris: Payot, 1975.
- Smith, Kenny y Kirby, Simon (2008): "Natural selection for communication favors the cultural evolution of linguistic structure", A. D. M. Smith, K. Smith y R. Ferrer i Cancho (eds.): *Proceedings of the 7th International Conference (EVOLANG7)*, World Scientific, pp. 283-290.
- Tomasello, Michael (2009): "Universal grammar is dead", *Behavioral and Brain Sciences*, 32, pp. 470-471.